

Pequeñas historias de la Gran Guerra  
Enrique Gómez Carrillo

Prólogos de Benito Pérez Galdós y Javier Azpeitia



EDICIÓN

Álvaro Fernández de Córdoba Pascual, Guillermo Jiménez Sanz, Gala Lázaro Mur, Claudia Picazo Jaque y Tatiana Vargas Lówy

DISEÑO Y COMPOSICIÓN

Desirée Rubio De Marzo

© DE LA EDICIÓN: Libros de la Ballena, 2011

Máster de Edición UAM-Versus: Taller de Libros

[www.librosdelaballena.com](http://www.librosdelaballena.com)

Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid

Campus de Cantoblanco

Einstein, 1 - 28049 Madrid

© DE «UN DANDI EN EL INFIERNO»: Javier Azpeitia, 2011

ISBN: 978-84-8344-196-1

Depósito legal:

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de los titulares de los derechos.

*Impreso en España*

¿Qué es, en efecto, la crónica?

Este dice: «Es una sonrisa en la prosa diaria del periodismo».

Aquel asegura: «Es la conciencia de la actual sociedad».

El otro murmura: «Es el libro de memorias sentimentales de nuestra época».

En realidad, es esto y es más, puesto que es todo. Abeja, liba con ática voluptuosidad la miel dorada de las ideas; ave, atraviesa sin fatiga inmensos espacios ideológicos; libélula, vive gozosa entre flores de retórica.

Como el poeta, la crónica sabe hacer pequeñas canciones con las grandes penas.

Enrique GÓMEZ CARRILLO  
En *Bajo el clamor de las sirenas*  
Ventura García Calderón



## Prólogo

### Benito Pérez Galdós

Enrique Gómez Carrillo, el admirable escritor para cuyo ingenio y actividad son estrechas las cinco partes del mundo, nos ha pintado en los cuadros incomparables de sus primorosos libros castellanos el alma del Japón, de Tierra Santa, de Grecia, de Buenos Aires, de Egipto, y toda esta riqueza de observación y de poesía nos la trae fragmentariamente al solar nativo, con lo cual ha sabido dar a nuestra prensa un carácter mundial.

Buen chasco se llevarán los lectores de Gómez Carrillo que quieran deducir su edad del cúmulo de sus libros y de las peregrinaciones por tierras y mares que ha emprendido para conocer y pintar artísticamente países exóticos, así las razas de vida secular, como las que florecen en las formas más modernas de la civilización. Pero si la inmensa labor del escritor nos lo envejece relativamente, y en tal engaño incurre la muchedumbre de sus lectores, los que desde hace tiempo le conocemos admiraríamos al hombre inquieto y febril que con la agilidad de su entendimiento, la gallardía de su estilo, la presteza de su pluma, el poder de su retina que todo lo

abarca y todo lo embellece, se pasa la vida labrándose una eterna juventud. Al contrario de los poetas lánguidos, que año tras año destilan sus melancolías quejumbrosas en las penumbras crepusculares y empiezan y acaban siendo unos imberbes vejestorios, Gómez Carrillo, que no es lánguido, sino muy avisado y desenvuelto; que vuelve la espalda a los atardeceres tristes, pisotea las murrias, dando siempre la cara al sol vivificante; que viaja sin reposo y no da paz a la pluma escribiendo todo lo grande y bello que palpita en los pueblos vivos, en los pueblos muertos y aun en los que resucitan, es siempre personalmente un muchacho alegre y risueño, que al mismo tiempo nos instruye y nos deleita. Para él la vida no es un valle de lágrimas, sino un hervidero de goces, dolores, contiendas, de ideas contrapuestas que se pelean como las sonoras tempestades de que nos habla el poeta latino.

Estamento fundamental en la literatura en la Edad Moderna es la prensa. El siglo XIX nos la transmitió potente y robusta, y el XX le ha dado una realidad constitutiva y una fuerza incontrastable. Máquina es esta que cada día invade con más audacia las esferas del arte y del pensamiento. Gentes hay que reniegan de ella cuando la ven correr desmandada y sin tino, y otras la encomian desaforadamente, estimando que de sus errores y de sus aciertos resulta siempre un evidente fin de cultura. Periodistas somos hoy todos los que nos sentimos aptos para expresar nuestras ideas por medio de la palabra escrita: unos toman la Prensa como escabel o aprendizaje para lanzarse después a distintas empresas literarias; otros en la Prensa nacen y en ella viven y mueren, y estos son los que constituyen una de las falanges más intrépidas y triunfadoras de la intelectualidad contemporánea, estos periodistas son hoy obreros que labran la materia prima de

la historia. Lo que llamamos hoy actualidad, el tiempo lo va convirtiendo luego en ensayos o tratados de literatura, filosofía, política, ciencias, etcétera.

Figura culminante en esta falange es Gómez Carrillo, el español que con más arte ha sabido hacer libros admirables en las fugaces hojas de un periódico. En su género, pocos le igualan en Europa y ninguno le supera.

Los escritores que poseen en grado tan alto la fuerza descriptiva o plasmante y la fuerza emotiva piden a gritos teatro amplísimo, actualidad compleja y grandiosa para emplear dignamente sus prodigiosas facultades. La fatalidad, la espantosa tragedia de los tiempos presentes, ha colmado las medidas a Gómez Carrillo que, como cronista de una guerra tan ominosa y bárbara, tiene ancho campo para sus ojos, que rápidamente ven y pintan, y para su ágil pluma, que nos transmite sus intensas impresiones. Sus cuadros de la guerra tienen la gracia francesa y la emoción española. Va el escritor de pueblo en pueblo, de ruina en ruina, de trinchera en trinchera; interroga a los supervivientes de la catástrofe; reproduce la desolación de las viviendas destruidas, el llanto mudo de los monumentos despedazados por los proyectiles alemanes; refiere anécdotas oídas de labios moribundos; recibe y nos transmite el gemido del Marne ensangrentado, de la Champaña ultrajada, de la Lorena indomable, y todo esto nos lo hace ver y sentir con la magia de su verbo sutil; es en la guerra, como en la paz, el pintor felicísimo de la Galilea, de Damasco, de las peregrinaciones a la Meca, el admirable poeta del Japón, de la India, de la clásica Grecia y del misterioso Egipto.





## Un dandi en el infierno

Javier Azpeitia

Cuando los soldados de Francia vuelvan a sus pueblos, y los ciegos vayan por las veredas con sus lazarillos, y los que no tienen piernas pidan limosna a la puerta de las iglesias y los mancos corran de una parte a otra con alegre oficio de terceros; cuando en el fondo de los hogares se nombre a los muertos y se rece por ellos, cada boca tendrá un relato distinto, y serán cientos de miles los relatos, expresión de otras tantas visiones, que al cabo habrán de resumirse en una visión, cifra de todas. Desaparecerá entonces la pobre mirada del soldado, para crear la visión colectiva, la visión de todo el pueblo que estuvo en la guerra, y vio a la vez desde todos los parajes todos los sucesos.

VALLE-INCLÁN

*La Media Noche. Visión estelar  
de un momento de guerra*

Esta antología recoge algunas de las más significativas crónicas sobre la Primera Guerra Mundial que el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo (Ciudad de Guatemala, 1873 - París, 1927) realizó entre los años 1914 y 1919, desde Francia, a veces desde el mismo frente, adonde fue invitado por el Gobierno francés como cronista del periódico madrileño *El Liberal*. La selección, producto de un rastreo concienzudo de la ingente obra periodística y memorialística de su autor —realizado por un joven grupo de editores: Claudia Picazo, Tatiana Vargas, Gala Lázaro, Guillermo Jiménez y Álvaro Fernández de Córdoba—, nos devuelve una imagen de la literatura de Gómez Carrillo bastante menos trivial que la que la crítica se

empeña en dejarnos de él las pocas veces en que se ha acercado a su obra.

Y es que, como podrá comprobar el lector, esta antología se ha realizado, sin perder de vista el criterio cronológico, con una mezcla tan hábil como infrecuente de intuición narrativa y de rigor en el conocimiento de la obra de Gómez Carrillo. Responde al plan de acercarnos paulatinamente, desde la visión general de Francia que posee el autor, a su objetivo central: el comportamiento del hombre en la guerra. Pero además de lograr eso, siguiendo los pasos del periodista, la obra traza un recorrido que se convierte en metáfora del recorrido vital del soldado: partimos del bullicio de la ciudad de París, donde se prepara irremisiblemente la guerra, para cruzar los campos por los que ha dejado su huella de devastación la contienda; para adentrarnos en las ciudades arrasadas por las que deambulan groguis los pocos civiles que no huyeron, con sus catedrales centenarias irguiéndose a duras penas, tiznadas por el hollín de los incendios; para visitar los cuarteles improvisados por los mandos del frente en caserones familiares o en los chiscones en que se hacían en sus breves descansos los soldados; para asomarnos luego al borde mismo de las trincheras de vanguardia —que hoy son tumba de franceses y ayer lo fueron de alemanes—, desde donde se divisa el brillo de pesadilla de los cascos del enemigo; para regresar, a continuación, deteniéndonos un instante a conocer las salas de hospitales improvisados en las que pelean con la muerte los heridos, bajo la atenta mirada de médicos insensibilizados y monjas con la sensibilidad a flor de piel, y otro instante a jugar con los locos que se dejaron la razón en el complicado paso de civil a guerrero;

para cantar al final del camino, de nuevo en París, la tónica victoria de la libertad propia y la consiguiente derrota de la barbarie ajena.

Como no podía ser de otra manera, Gómez Carrillo se acerca al frente con un grupo de periodistas internacionales, en excursión guiada que les muestra lo que el Gobierno francés quiere que vean y les deja oír lo que el Gobierno francés quiere que oigan. En el proceso, claro, a la vista de los testimonios de quienes pasearon con la punta de una bayoneta hincada en los ijares por las calles de su propio pueblo, tras leer las inocentes y crudelísimas anotaciones de las tropelías que el enemigo practicó antes de retirarse, la francofilia por la que todos ellos han sido rigurosamente seleccionados se subraya y nace o crece su germanofobia...

Pero hay algo que se impone en estas crónicas, que va más allá de lo que quienes guían al cronista pretenden. Con la misma mezcla de familiaridad y distancia, con el mismo cariño y humor con que un burgués de la época enseñaría a un amigo las muchas habitaciones de su casa de verano alquilada, Gómez Carrillo nos está abriendo las puertas de las salas del infierno. Al acabar la visita, el lector contemporáneo, para el que hace ya tanto tiempo que enmudeció el estruendo de aquellos obuses, no puede dejar de salir convaleciente como un soldado alcanzado por la metralla. La literatura de Gómez Carrillo ha dejado la guerra en suspenso sobre nuestras cabezas, y después de la batalla ya nunca seremos los mismos. Un siglo más tarde nos hemos convertido en pequeñas víctimas que arrastran, cada uno a su manera, las secuelas del conflicto al cerrar el libro.

Enrique Gómez Carrillo cometió en vida tres errores que le han deparado el olvido. El primero, y quizá el más grave, escribir en español cuando aún no existía el *boom* —que convertiría unas décadas después a las letras latinoamericanas en un apartado singular de la literatura francesa—, lo que hace que pierda interés para la crítica de Francia, nación en la que desarrolló buena parte de su carrera y a la que cantó diversamente. El segundo, nacer en Guatemala, lo que hace que pierda interés para la crítica de España, nación en la que publicó originalmente la mayor parte de su obra. Y el tercero..., pues eso mismo, desarrollar su carrera en Europa pese a haber nacido en Guatemala, lo que hace que la crítica guatemalteca, que sí lo tiene en cuenta, suela tratarlo con la molestia que producen los escritores emigrantes que no alcanzan el Nobel u otras formas contadísimas de la gloria literaria. La crítica y la historia de la literatura, como casi todas las disciplinas humanísticas, siguen siendo absurdamente nacionalistas, y para que sus estudiosos atiendan a un autor es imprescindible que haya nacido en el propio país, lo que da pie a que se celebre su obra en las distintas efemérides, que a su vez se convierten en el resorte que dispara el estudio subvencionado y el interés de los medios de comunicación.

A causa de ello, Gómez Carrillo es conocido, más que por su obra, por cosas que apenas pudo ser y que probablemente no fue: como antecedente del *boom* hispanoamericano en Francia; como juerguista, borracho, mujeriego y duelista de la bohemia en España, como todo eso y como pionero de la crónica periodística en Guatemala. No discutiré ahora que fuera o no antecedente del *boom*, por más que ser antecedente consista en una vaga y póstuma manera de ser. Sí resulta evidente que en su época, y mucho antes, se practicaba

con asiduidad la crónica periodística, con viaje al lugar de los hechos o desde casa, en tonos semejantes y con los mismos fines con que la practicaba él. Pero habría que cuestionarse su leyenda de bohemio impenitente. No podemos negar que Gómez Carrillo frecuentó las tertulias madrileñas, como cualquiera que en la época quisiera hacerse notar en sociedad o, simplemente, escuchar la evolución de los cotilleos del momento y ser testigo de alguna que otra discusión a grito pelado y con mayúsculas: no olvidemos que entonces no había ni televisión ni redes sociales. Tampoco sabemos cuánto bebía, pero basta con echar un vistazo a cualquiera de sus más de ochenta obras, sin contar las que no se publicaron y hemos perdido, para darse cuenta de que no las escribió, ni mucho menos, ebrio. En cuanto a su fama de duelista, el duelo no dejaba de ser una práctica social protocolaria —ya en declive y bastante poco cruenta desde hacía tiempo, por lo que sabemos—, útil para acabar de una vez por todas con un enfrentamiento enredado entre caballeros: su mayor peligro real era que estaba prohibido y penado.

En cuanto a la calidad de donjuán de nuestro escritor, hay que cogerla también con pinzas. Es innegable que, además de tener una hija extramatrimonial con una cantante de ópera, se casó tres veces en matrimonios que no duraron mucho. De joven, con la escritora peruana Aurora Cáceres, de su edad, hija del por entonces expresidente de Perú Andrés Avelino Cáceres. En su madurez, con una tonadillera diez años más joven que él, Raquel Meller, cuya celebridad contribuyó a afianzar, en el tiempo en que estuvieron juntos, recabando la colaboración de sus amigos escritores, primero, e introduciéndola después con habilidad en la sociedad parisina, hasta conseguir que le abrieran las puertas del Olympia; y, cuando

ya era un hombre viejo, con una escritora y rica heredera a la que llevaba tres décadas, Consuelo Suncín, más conocida por su matrimonio posterior con Saint-Exupéry.

Pero nada de ello resulta lo suficientemente extraño, en su época o en cualquiera, en un escritor que era también un personaje social notable. Lo más probable es que su mala fama no se deba sino a la confusión de siempre entre literatura y ficción, alimentada por el propio escritor, que, en busca de la notoriedad necesaria para que le encargaran artículos, se veía obligado como tantos a dejar pasar los rumores sin negarlos. Había que buscar al público femenino, tan importante para el mercado editorial desde la Revolución industrial y mucho más tras la Gran Guerra. Así que no es tan raro que Gómez Carrillo escribiera sobre mujeres fingiendo conocer a fondo su condición y sus gustos, desde esa óptica que para nosotros ha envejecido tanto y que no es ajena a las crónicas que se presentan. ¿Que pasaba una temporada en París?, pues escribía una obra sobre los modos de comportarse de las mujeres y la moda en los salones parisinos. ¿Que se comentaban supuestos escándalos suyos en los antros de los distintos países que visitó?, pues escribía una obra sobre las técnicas amatorias en los más exóticos de ellos. ¿Que viajaba al fragor varonil de la batalla?, pues escribía una obra sobre el comportamiento intachable y triste de las mujeres en los campos de concentración. ¿Que se extendía el rumor de que visitaba —simultáneamente— las habitaciones del Ritz y del Palace que Mata Hari alquiló —también simultáneamente—, en su visita a Madrid?, ¿que lo acusaban de engañar a la espía y bailarina de *striptease* para entregarla a las autoridades francesas que la ejecutaron?, pues escribía una biografía sobre ella, a la que sospe-

cho que nunca conoció, ya que al menos parece que nunca afirmó conocerla.

También cabe, cómo no, que las obras fuesen lo primero y los rumores viniesen después. De cualquier modo, la situación no cambia mucho.

No sabemos demasiadas cosas a ciencia cierta de Gómez Carrillo. El hecho de que, como casi todos los escritores e intelectuales en casi todos los tiempos, adoptara la ideología de quienes lo invitaban y becaban o pagaban sus artículos nos demuestra que fue un gran periodista, pionero del periodismo moderno, al tiempo que nos imposibilita saber qué diablos pensaba en realidad. Como puede comprobarse también en los artículos de este libro, la parte ideológica de su obra es tópicamente adulatoria, de conveniencia; oscilaba entre terrenos contradictorios sin pudor ninguno, dependiendo del lector al que fuera dirigido el texto que trabajaba: las mujeres, los aliadófilos, el Gobierno de guerra o de posguerra francés, el dictador guatemalteco Estrada Cabrera, que lo nombró cónsul en París, o el presidente argentino Hipólito Yrigoyen, que le ofreció años después el mismo cargo para la diplomacia argentina.

La Revolución industrial, reflexiona Gómez Carrillo no sin nostalgia, ha convertido a los legendarios guerreros en engranajes de una enorme, aburrida y despiadada maquinaria de guerra, capaz de barrer de la faz de la tierra compañías enteras de un solo manotazo. Si no es posible ya la épica, pregunta, ¿cuál es la clave para contar en la época una guerra que ya no se parece en nada a la de antaño?

La Primera Guerra Mundial fue uno de los focos de interés fundamentales de la sociedad española de la época, que

rápidamente se dividió, como corresponde a todo país neutral en una contienda internacional, en los inevitables dos bandos: el de progresistas aliadófilos y el de tradicionalistas germanófilos. Todo el que pasó, más o menos casualmente, por alguna de las ciudades cercanas al frente acababa dando a la prensa su visión del conflicto. A la novelista y periodista Carmen de Burgos, pionera del sufragismo en España, el estallido de la guerra la sorprendió de camino a Rusia, desde Suiza, así que no tuvo más remedio que regresar a España atravesando el frente, experiencia que reflejaría después en su columna del *Heraldo de Madrid*. Al periodista catalán Gaziel también le sorprendió la guerra cerca del frente, en París, estudiando —aunque ya había publicado algunas crónicas—, situación que aprovechó para retomar la que sería su verdadera vocación, primero en catalán, para *La Veu de Catalunya*, y después para *La Vanguardia*, con artículos en castellano que recopilaría en su *Diario de un estudiante en París*. No son muy abundantes los casos de corresponsales de valor literario que, como Gómez Carrillo, fueron invitados al frente por el Gobierno francés. Blasco Ibáñez, uno de ellos, mandaba sus crónicas desde las trincheras a *El Pueblo*, y, a partir de ellas y de la correspondencia con su editor francés Calmann-Lévy, escribió por encargo del entonces presidente de la República, Raymond Poincaré, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, la novela que le valió la fama internacional. Valle-Inclán fue otro de los que aceptó la invitación. Viajó en mayo de 1916 como corresponsal de *El Imparcial* a las trincheras, tomó notas manuscritas en un cuaderno que se conserva y redactó a partir de esas notas y de sus crónicas *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra*, verdadera obra maestra del género en la que Valle pergeña



la estética que produciría la visión omnisciente y despectiva del hombre que nos ha legado su obra, a partir del asombro que le produjo sobrevolar las trincheras del frente francés en avión, contemplando desde arriba el destino al que se sometían mudos los que iban a morir.

Hubo también un puñado de escritores latinoamericanos que, como Gómez Carrillo, afincados en la época cerca de la zona de combate, enviaron su visión de la guerra a los periódicos de América del Sur: el cuentista peruano Ventura García Calderón escribía para *El Comercio* de Lima y *La Razón* de Buenos Aires las crónicas que recopiló en su *Bajo el clamor de las sirenas*. El novelista y periodista argentino Roberto Payró, sorprendido por la guerra en Bélgica, envía desde allí sus crónicas al diario bonaerense *La Nación*, que han sido recopiladas en el libro *Corresponsal de guerra*. El escritor imaginista chileno Augusto d'Halmar, instalado en Francia, hizo labores de corresponsal para *La Unión* de Santiago y *La Nación* de Buenos Aires, y fue herido en la contienda. El mexicano José Dolores Frías describe como corresponsal el ambiente bélico en París, Bruselas y Londres en artículos compilados no hace mucho en la obra *Crónicas de un corresponsal mexicano en la Primera Guerra Mundial...*

Pero la gran literatura sobre la Guerra del 14 no se escribió, como es lógico, en castellano. La hicieron los jóvenes sobrevivientes, muchos de los cuales se habían alistado voluntariamente, presas del entusiasmo patriótico que precede a las buenas carnicerías. No son pocas las memorias que abordan con desprecio la masacre. Quizá entre ellas uno de los textos más genuinos sea *Adiós a todo eso*, autobiografía de Robert Graves, en donde el poeta inglés expuso el absurdo que vivió en la guerra como una de las causas

de su posterior alejamiento voluntario de Inglaterra, para retirarse en la pequeña población mallorquina de Deià, lejos por entonces del mundo civilizado. Y entre las muchas novelas de excombatientes tenemos una enorme variedad de modelos, nada benévolos con el militarismo en cualquier caso: desde el pacifismo sin ambages del alemán Erich Maria Remarque en *Sin novedad en el frente*, hasta la burla de la condición militar del checo Jaroslav Hašek en *El buen soldado Švejk*, pasando por el relato del absurdo de nuestra esencia guerrera que lleva a cabo el francés Roger Vercelet en *El capitán Conan* o la disección de nuestros instintos de supervivencia más profundos que realiza el también francés Gabriel Chevallier en *El miedo*. El número de obras que condenan el conflicto es nutrido. Entre ellas, resulta inexcusable nombrar *Johnny cogió su fusil*, una metáfora en carne viva de los efectos psicológicos de la guerra sobre los supervivientes que debemos al estadounidense Dalton Trumbo, testigo muy lejano de aquella guerra.

Así que la épica, como predijo Gómez Carrillo, fue una vía desechada por los autores de ficción y los memorialistas que retrataron la Gran Guerra, asqueados de ella. Entre todas las que hubo, la búsqueda más acertada, a mi juicio, de un nuevo modo de contar una nueva guerra iba a darla, una década después de su final, el escritor francés Céline en el arranque de su novela *Viaje al fin de la noche*. Céline fue también uno de esos soldados franceses condecorados por presentarse voluntarios para una misión suicida, uno cualquiera entre los que Gómez Carrillo retrató sobreviviendo como convalecientes en los hospitales de la vanguardia.

La única manera de narrar con propiedad una guerra así, parece decirnos Céline, es el género opuesto a la épica: la

sátira. Frente a la mirada de asombro y sumisión ante la figura imponente del hombre que nos ofrece la épica, tenemos todavía la burla despectiva de la condición humana que configura la sátira, y que la convierte en la genuina expresión artística de la misantropía.

De cualquier modo, da igual el entusiasmo con que recibamos como lectores estos magníficos alegatos antibelicistas. De poco sirven a la hora de la verdad, como pudo comprobarse pronto en la alegría con que las masas acudieron a servir de nuevo de carnaza en la Segunda Guerra Mundial, al final de la cual no faltaron tampoco los supervivientes que forjaron conmovedoras obras antibelicistas. Por más que entonces, de la mano del formidable instrumento de propaganda en que se había convertido el cine, a años luz en eficacia de la literatura, la posguerra resucitará, de una vez por todas, la épica, como si todavía fuera posible, con su previsible, infantiloides y maniqueo análisis de la humanidad, que la divide en buenos y malos.

Así que la gran pregunta que formula Enrique Gómez Carrillo al frente del artículo que abre este libro —redactado apenas un mes antes de que se decretara en Francia la movilización general—, y que repiten desde entonces los historiadores, sigue siendo la misma un siglo después, el misterio de la Primera Guerra Mundial:

*Por primera vez, desde hace veinte años, los franceses hablan seriamente de guerra, de guerra europea [...]. Y ya no son las fanfarronadas nacionalistas de otros días ni las tímidas objeciones burguesas de otros tiempos. El cielo aparece tempestuoso. ¿Qué puede hacer el hombre contra el cielo?*

El auge de las ciencias biológicas nos permite hoy, si no dar una respuesta, enunciar al menos la misma pregunta de una manera acorde con los tiempos que corren: ¿qué extraño impulso lleva a nuestra especie a deshacerse de manera tan brutal de una parte tan importante de sus especímenes?

Mientras no hallemos la respuesta a esa pregunta, de cualquier manera, seguiremos anacrónicamente instalados en la épica.

Quizá el mejor modo de juzgar la fuerza de una obra sea intentando medir su capacidad para establecer un avance en la concepción del individuo, de qué es el individuo, de la realidad o la ficción que nos lleva a considerarnos personas, capaces o no de libertad, más o menos fundidos con la especie a la que pertenecemos, o bien más o menos independientes de ella.

No es necesario negar la evidencia: Gómez Carrillo, este hombre que se pasea por el borde de las trincheras como un dandi o un turista, asomándose para retratar el comportamiento de los combatientes en crónicas dirigidas a los lectores de naciones que no participan del conflicto, incapaz de imaginarse a sí mismo padeciendo la implicación de los soldados que retrata, prefigura la imagen del enviado especial de hoy: los jóvenes entusiastas que aparecen en los noticieros, micrófono en mano, seguidos por una cámara que se empeña en mostrarnos su rostro didáctico y artificiosamente expresivo, enmarcado a duras penas en un fondo en el que se agita la tragedia, y cuya dudosa independencia sucumbe invariablemente a la propaganda del bando que lo invita, al que apoyan de antemano tanto ellos como los medios a los que envían sus imágenes.

Pero elevándose sobre las limitaciones de su cultura, Enrique Gómez Carrillo nos ofrece un retrato estremecedor del ser humano. Somos los pacifistas biempensantes que, una vez metidos en batalla, «se convierten en jefes de sus vecinos, dándoles ejemplo del arrojo, del buen humor, de la paciencia y de la disciplina». Somos los soldados que, con los pies enterrados en el fango y las balas «con su zumbido de abejas desesperadas» barriendo el aire un palmo por encima de sus cabezas, intentan evocar la casa en que nacieron decorando con remedos de adornos burgueses la triste trinchera que les servirá de tumba: «Con una cápsula de bomba hacen un florero, con una caja vacía fingen un reloj de pared, con un jirón de lana fabrican una cortina, con un poco de tierra modelan un busto». Somos esos reservistas a los que los mandos militares (del enemigo, eso sí) envían a una carnicería tras emborracharlos para que no cejen en su avance suicida en masa hacia el punto de mira de la artillería que los abatirá a bocajarro. Somos la enfermera «que lleva entre los brazos, como si fuera un niño, una pierna que chorrea sangre». Somos los inválidos franceses que «poniéndose las muletas al hombro» comienzan «un desfile grotesco y patético» en el que «se esfuerzan por imitar cómicamente la rigidez de las tropas alemanas».

Pero, más que nada de todo ello y quizá para siempre, somos los locos que en un traslado de hospital reciben las bombas riendo en corro.